

nos"—como muchos denominan nuestra pasada contienda civil—, y ella, hija única, ingresó en el colegio de La Unión, en la carabanchelera calle del General Ricardos, destinado a acoger huérfanas del Ejército.

"Quedaban pocos hombres en la familia" y había que hacer frente a la situación. En este punto, *Isabel*, ante todo una enorme crítica satírica de sí misma, no puede evitar apostillar—con todo un toque de picante retintín— que en esos años debía resultar "una niña insoportable", cúmulo de los mejores modales, "de las que pelaba la naranja" como marcan los cánones de una inmaculada educación. Sin embargo, el sentido común le dictó rápidamente el abandono de los excesivos pulcros modales. "Sólo lo hice una vez", ya que no estaba dispuesta a quedar constantemente en evidencia; pero aquellos detalles, hoy, nos sirven de anécdota.

Nos habíamos instalado en los sillones del salón del primer piso de la casa. Desde el balcón, entreabierta la cortina, se podía contemplar cómo la vida iba transcurriendo en la plaza de Zocodover en una tarde de este otoño de 1988; mientras, nosotros seguíamos paseando por los años 40, inmiscuyéndonos en los recuerdos de una *Isabel* que, sin levantarse del sitio, reconstruía animadamente cada experiencia pasada.

De su estancia en La Unión añade *Isabel*: "allí escribí mi primera obra; *Blanca Nieves y los siete enanitos*"; por supuesto en adaptación de la original, llena de "versos rípidos". La versión tuvo, no en vano, tal éxito que "fue representada en fin de curso". Y, del barrio de Carabanchel, al *Beatriz Galindo* y a San Bernardo, siempre con "muy buen expediente académico", por lo que su madre "no lo dudó" e *Isabel* ingresó en el mundo universitario. La cercanía de la biblioteca—"no compraba libros"— y las buenas calificaciones, hicieron posible que sus estudios no resultaran una carga económica, ante lo que añade "bueno, le costé a mi madre el dinero que no gané" si se hubiera puesto a trabajar.

Pepe, su tranvía y el Grupo B

Fue una película de juventud, amores y corte muy español, la que puso la nota de fama sobre el "tranvía de Pepe", aquel reducido invento ferrocarril cuya precariedad, gracia y desenfado quedó para siempre condensada en una canción, "*Margarita se llama mi amor*". En ese marco donde "las" estudiantes "teníamos conciencia de ser privilegiadas", encontró *Isabel Dema* todo un nuevo catálogo de valores para poder contemplar la vida y a las personas;

"allí me encontré con gente que opinaba, —a favor o en contra, eso era lo de menos—, que opinaba sobre lo que pasaba". Impulsada por aquella nueva realidad, ingresó en una "cédula comunista" y "en los follones del año 56 estábamos ya totalmente metidos".

Aquí llega el momento en que *Isabel Dema*, nacida en *Larache* y vecina de *Madrid*, aún, en los años 50, comienza a hablar en plural. Al llegar a tercero de carrera, un alumno de Geografía e Historia que había permanecido durante los dos cursos anteriores en el Grupo B—por razones de apellido—, se incorpora al A de *Isabel*. Nos faltan aquí, a pesar de las palabras, todos los gestos de ella para revivir la gracia del primer encuentro.

"Yo nunca he sido presumida"—explica— pero además se unieron todos los elementos climatológicos para propiciar la escena. Hacía en *Madrid*, según

Isabel se encarga de las necesidades de la casa, hasta los detalles más pequeños.



sus recuerdos, un frío "espantoso" ese día, con nevada incluida, y, ante la falta de grados calóricos, *Isabel* se había embutido en una "gabardina persiana"—apodo que recibió la prenda por parte de la familia después de que la misma sufriera un desgraciado percance de colorido—, rematando la indumentaria con unas calentitas "botas de piel de conejo y un pañuelo en la cabeza". En el camino, la joven estudiante se cruzó con un antiguo compañero de clase al que acompañaba otro muchacho que hasta entonces había pertenecido al otro grupo. Ante el encuentro, cruce de saludos y comentario del antiguo colega universitario que años después conocería la interesada: "esa chica es estu-penda"; ante la impresión el nuevo interlocutor exclama: "¡Qué horror!". Años más tarde todavía serviría de sorna cariñosa con apostillas como la de "menos mal que dijiste ¡qué horror!, porque si no hubiera sido un horror...". Las campanas sonaban a toque de boda cuatro años más tarde, "en cuanto pudimos, al año siguiente de terminar la carrera". *Isabel Dema* daba el "sí" a *Pedro Valdecantos* para comenzar a compartir una vida y "empezar a pensar en plural".

Entraron la poesía y la síntesis

Al comenzar las relaciones entre *Pedro* e *Isabel*, sus compañeros de estudio no manifestaban mucha fe en la duración de esos amores, según relata nuestra interlocutora, ya que "ambos habíamos sido muy novieros". En el caso de *Isabel*, ella explica que, en aquellos años en que se estilaban las declaraciones formales, "cuando un chico se declaraba daba mucho más apuro decir que no que decir que sí", por lo que resultaba preferible aceptar antes que pasar el mal trago.

Pero las especulaciones se frenaron en seguida, porque aquello funcionó, "nos complementábamos muy bien; yo cogía buenos apuntes y él sintetizaba muy bien".

Pero las aportaciones de *Pedro* no sólo se reducían a las síntesis de apuntes; facetas creativas y artísticas diferentes también hacían aparición en la vida de *Isabel Dema*, "la poesía yo la conocía a través de Pedro... en mi casa el gran "hobby" era la música... Pedro llenaba esa otra faceta... Pedro es un gran poeta, incluso cuando escribe prosa, es prosa poética". Y de esta manera *Isabel*, adquiriendo un semblante de reflexión, de recogimiento sobre sí misma, de consideraciones que estuviera hablando con su propio yo, en tono mucho más serio, admirativo y quedo, dirige